

**El registro de la defensa del territorio
en la historia reciente de los pueblos wichí salteños: la memoria oral.**

Natalia Boffa¹

Resumen

Los poblados wichí que enfrentan disputas territoriales basan sus reivindicaciones en la ocupación de las tierras por varias generaciones, historias familiares o comunitarias vinculadas a lugares del entorno, usos y acceso a los recursos para garantizar la producción y reproducción comunitaria, cosmología, mitos de origen y la forma de vida en general. La forma de registrar estas reivindicaciones en los poblados wichí salteños es a través de entrevistas de distintos tipos y algunos manuscritos, que encontramos en trabajos de campo en el lugar. El trabajo trata de la importancia de estos registros y algunas apreciaciones para llevarlos a cabo. Los objetivos son analizar la forma en que ciertos temas de la historia reciente aparecen vinculados directamente a algunas fuentes, particularmente las orales; indicar algunas líneas para el trabajo con fuentes orales y considerar las principales interpretaciones teóricas sobre el tema. El trabajo teórico es acompañado por estudios de campo y trabajos con fuentes orales realizados en el chaco salteño, con familias wichí, vinculadas a la lucha territorial.

¹ Universidad Nacional del Sur, nataliaboffa@hotmail.com

El registro de la defensa del territorio en la historia reciente de los pueblos wichí salteños: la memoria oral.

Introducción:

La historia de los poblados wichí que enfrentan disputas territoriales requiere el tratamiento de una historia “desde abajo”, donde se puedan registrar los relatos que cuentan cómo se produjo la ocupación comunitaria de las tierras por varias generaciones, las historias familiares vinculadas a lugares del entorno, los usos y el acceso a los recursos para garantizar la producción y reproducción comunitaria, su cosmología, mitos de origen y la forma de vida en general.

Otorgar sentido a estas historias desde la perspectiva de los sujetos oprimidos o desde los movimientos subalternos implica realizar una revisión epistemológica, que busca desnaturalizar el discurso dominante, la propuesta de la “historia oficial”, para plantear otras formas de comprender la historia. En este sentido, planteamos primero un acercamiento a la cuestión epistémica que rodea a los estudios etnohistóricos, su definición y debates. Luego, nos interesa desarrollar cuestiones metodológicas y ciertas pautas para implementar una las herramientas principales de nuestro estudio, la entrevista. Uno de los objetivos es analizar la forma en que ciertos temas de la historia reciente aparecen vinculados directamente a fuentes específicas, particularmente las orales; también nos interesa indicar algunas líneas para el trabajo con fuentes orales y considerar las principales interpretaciones teóricas sobre el tema.

Si bien en nuestro estudio contamos con varios trabajos de campo, en el presente estudio no pudimos traer las experiencias al texto por una cuestión de espacio; en cambio, en este momento, decidimos que era más relevante realizar el desarrollo teórico del marco epistemológico y metodológico que enmarca nuestra investigación.

Marco epistémico del estudio:

En nuestro estudio, el registro de los reclamos territoriales de los poblados wichí salteños se realizó a través de entrevistas de distintos tipos, algunos manuscritos, que encontramos en trabajos de campo en el lugar y otras fuentes documentales. La forma en que los investigadores realizamos el registro de nuestro estudio y análisis de la información lleva consigo la carga epistémica de la disciplina en la que trabajamos. Uno de los problemas que encontramos los historiadores que nos ocupamos de los pueblos indígenas es definir nuestra disciplina de pertenencia y con esto, la pertenencia del método que utilizamos. Por este motivo, nos parece importante definir primero en qué disciplina entendemos nuestro estudio y luego hacer referencia a la metodología, tipos de registros y forma de análisis de los mismos.

La historia de los distintos grupos culturales americanos y sus relaciones interculturales es conocida por denominaciones como antropología histórica, etnohistoria, historia de los pueblos indígenas o podría plantearse simplemente como una parte de la historia general. El debate en torno a la necesidad de incorporar a la historia indígena en la agenda política y académica general es relevante, aunque nos excede y queda fuera de las posibilidades de análisis del presente trabajo; sin embargo, nos parece pertinente otorgar identidad al estudio que realizamos a partir de la definición de la disciplina de pertenencia.

El tema de nuestro estudio abarca a los procesos organizativos wichí en los reclamos territoriales del chaco salteño occidental entre 1984 y 2011. La especificidad de la cultura wichí nos lleva a indagar en trabajos antropológicos para comprender la identidad de las agrupaciones que describimos. Sin embargo, para explicar las

interacciones en las disputas territoriales nos abocamos a estudiar los procesos históricos en torno a la construcción del estado-nación y los procesos posteriores asociados a la conformación de las fronteras internas y la regionalización económica. A partir de esto nos preguntamos si nuestro estudio se encuadra en la Antropología o la Historia, si es necesario definir el encuadre en una de las dos disciplinas o si es prioritario abocarse al tema de estudio desde una perspectiva interdisciplinaria. Algunos autores proponen la definición de Etnohistoria para los procesos que se refieren a las relaciones interétnicas, pero es necesario definir qué se entiende por *etnia* y por qué esto constituye un campo de conocimiento específico.

Martha Bechis (2010) define a la Antropología en general como el estudio de la especie humana en sus distintos aspectos -biológico, sociales, culturales e históricos-. Dentro de esta amplia disciplina se refiere a la antropología cultural como el estudio de la conducta humana aprendida y destaca su división en antropología social y antropología histórica, cuya diferencia radica en el estudio de las culturas y sociedades presentes y pasadas, respectivamente, diferenciadas específicamente por su método. El método de la antropología social se apoya en la observación participante y la antropología histórica se basa en métodos asociados a lo que ya no se puede presenciar, como el trabajo con documentos, restos materiales, relatos de vida, entre otros.

Nuestro estudio podría relacionarse con la antropología histórica en tanto que se trata de procesos de la historia reciente que son específicos de grupos wichí. Sin embargo, los procesos que analizamos se refieren tanto a las conductas wichí como sus procesos de interacción con agentes no-wichí y a las transformaciones que grupos y agentes produjeron en el transcurso del período de estudio. Esto nos remite a reflexionar sobre la importancia de definir al estudio desde su carácter histórico general, sin poner en el centro del estudio el desarrollo cultural wichí sino los procesos de interacción, aunque sí atendiendo a las especificidades relevantes por diferenciación étnica. A partir de esto, consideramos central definir lo *étnico* y diferenciar un campo de conocimiento específico de los procesos históricos interétnicos.

Martha Bechis (2010:21) propone que la Etnohistoria es “el campo de conocimiento que consiste en el estudio de los procesos históricos o presentes de interacción retroalimentadora o dialéctica en situaciones hegemónicas entre alteridades socioculturales colectivas, llamadas *etnias*”, que son modificadas por ese mismo proceso. Desde esta perspectiva, la autora nos remite a pensar estos procesos históricos interétnicos como expresiones de etnicidad que “surgen como reacción a amenazas a la seguridad y a la autodeterminación... es decir, que constituyen el producto de un conflicto hegemónico” (2010:22). Resalta, además, que las marcas culturales no son la causa suficiente del conflicto, sino que el mismo esconde una brecha estructural acerca de los intereses y metas mutuamente excluyentes entre los grupos. Bechis interpreta que los grupos enfrentados pueden comprender una o varias culturas, porque en definitiva le interesa mostrar que “la idea básica es la de que sean movimientos sociales de oposición enfrentada que, si bien pueden identificarse recíprocamente como culturas distintas, lo importante, lo que lleva al conflicto no es la diversidad cultural sino los intereses en oposición” (2010:22).

Por su parte, para definir el campo de la etnohistoria, Boccara (2012:39) cita a Ana María Lorandi, en tanto que esta autora reconoce todo el beneficio que los etnohistoriadores sacaron al combinar las perspectivas de la historia y de la antropología; explica cómo esta corriente “híbrida” da cuenta tanto de la agencia como de la historicidad de grupos sociales subalternos; pone énfasis en la vocación de la etnohistoria de escribir una historia “desde abajo”, tomando en cuenta las distintas lógicas de escalas y agentes; sugiere, finalmente, que se hace necesario considerar la

propia historicidad de las categorías y conceptos usados por el científico social y, por lo tanto, asumir la historicidad de la propia disciplina. En este marco, Boccara (2012:40) analiza la propia historicidad de categorías teóricas y reconoce que en los últimos años se ha desarrollado una disposición hacia la relectura del pasado de los pueblos indígenas, caracterizada por tomar en cuenta el punto de vista indígena; analizar los procesos combinados de resistencia, adaptación y cambio; y prestar atención a la emergencia de nuevos grupos desde el mestizaje y la etnogénesis. Según el autor, esto implica una doble ruptura epistémica y política, que contribuye a visibilizar grupos subalternos y a desnaturalizar el discurso dominante.

En este sentido, es importante resaltar que “lo ‘etno’ en etnohistoria caracterizaría no tanto al estudio de los llamados ‘grupos étnicos’ en la historia, sino a un tipo de historia que se interesa por los grupos cuyos saberes, historicidades o maneras de ser en el mundo fueron sometidos a una doble colonización, tanto material como epistémica. Al intentar restituir la agencia y la historicidad de los grupos subalternos, los etnohistoriadores se encontraron progresivamente envueltos en otro tipo de tarea: la de develar la manera en que el ejercicio de un poder se encuentra siempre articulado a la producción de un saber” (Boccara, 2012:41). De esta manera, Boccara también menciona los trabajos pioneros de Nathan Wachtel, Thierry Saignes y Martha Bechis sobre la historización de las categorías analíticas de la antropología y de la complejización de las categorías analíticas de la historia y explica que, “en este marco, la deconstrucción no ha sido un fin sino un medio para denunciar el ‘robo de la historia’ ..., pues el esfuerzo por rescatar la agentividad de los subalternos condujo a la crítica de las categorías usadas por los grupos hegemónicos para clasificar, normalizar y, consecuentemente, invisibilizar a los grupos dominados... el intento de visibilizar a los grupos subalternos se acompañó de un esfuerzo... por desnaturalizar los mecanismos de dominación que contribuyeron a invisibilizar a esos grupos” (2012:43-44).

En nuestro estudio, entendemos que los reclamos territoriales se producen a través de diferentes procesos de interacción entre las agrupaciones y agentes que disputan espacios geográficos² estratégicos. En estos procesos, por un lado, encontramos que un sector que reclama los derechos territoriales comunitarios, en el que, durante las disputas, se forman y se disuelven distintas organizaciones y movimientos sociales. Las agrupaciones socioculturales pueden ser colectivos indígenas compuestos por personas de un grupo cultural específico -wichí en nuestro caso-, por varios grupos culturales indígenas o indígenas-criollos y generalmente está muy marcada la identidad de los agentes que las componen. Es decir, se autodefinen como organización indígena o indígena criolla y esto se incluye en su denominación, como el Concejo de Caciques (pluriétnico), el Consejo de Organizaciones Wichí (sólo wichí), La Hermandad Chaqueña (wichí y criolla), sólo por poner algunos ejemplos. También participan algunos organismos no gubernamentales en el acompañamiento de estas organizaciones.

Por otro lado, los agentes que disputan la propiedad privada individual de la tierra no suelen conformar agrupaciones, aunque pueden pertenecer a grupos empresariales corporativos y en muchos casos se pone de manifiesto cierta afiliación política que es lo que define la conformación de un bloque hegemónico; en este bloque pueden existir alianzas con individuos o grupos culturales específicos de la región (Boffa, 2017³).

² Entendemos el espacio geográfico como un complejo sistema de acciones y de objetos, tal como lo desarrolla Milton Santos (1997). Este espacio se define como construcción social que implica tanto las “cosas” que hay en el mismo, como las relaciones e interacciones que se generan entre estas cosas y los grupos humanos que lo habitan en el ámbito material y simbólico.

³ Una aproximación indirecta sobre este tema fue desarrollada en el artículo sobre la relación entre las configuraciones territoriales y los antagonismos políticos en el noreste de Salta en las últimas décadas.

En este marco, podemos definir las expresiones de etnicidad claramente en la identidad de cada organización o movimiento social conformado en la región de estudio, en tanto que queda explícito en su autodenominación. Estas expresiones de etnicidad se replicaron en los procesos de lucha que emprendieron las distintas organizaciones wichí, en la medida en que las disputas entraron en una contradicción ontológica; es decir, los intereses vinculados a la explotación y extracción de “recursos naturales” por parte del sector hegemónico entró en contradicción con los usos y usufructo de los “bienes comunes de la naturaleza” por parte de las familias y comunidades que conforman las agrupaciones socioculturales⁴.

No obstante, como plantea Bechis, en principio no fueron las diferencias culturales las que produjeron los procesos de disputa, sino los intereses en oposición sobre los territorios involucrados. Durante el período de estudio, las organizaciones o movimientos wichí interaccionan y luchan contra individuos o grupos del sector hegemónico asociados al sistema de acumulación vigente. Estas interacciones producen necesariamente transformaciones en ambos grupos, hegemónicos y subalternos; lo que produce relaciones dialécticas y de retroalimentación a lo largo de los procesos históricos. Estos procesos no pueden considerarse únicamente culturales, sino que se enmarcan dentro la historia general. Una historia general que centra su discurso en las voces de los grupos subalternos, que intenta visibilizarlos mediante la desnaturalización de los mecanismos de dominación materiales y epistémicos.

En este sentido, entendemos que nuestro trabajo es un estudio histórico, con especificidades étnicas; es decir, consideramos que se desarrolla en el campo de conocimiento de la Etnohistoria, con un centro de atención en las relaciones interétnicas, entre grupos que se enfrentan por un interés exclusivo que puede ser expresado en términos de diferencias culturales, pero que implica relaciones de poder entre sectores hegemónicos y subalternos y que involucra la transformación histórica de ambos en el transcurso de los acontecimientos.

La metodología y los registros utilizados:

La cuestión metodológica tiene estrecha relación con la definición epistemológica, dado que cada disciplina tiene especificidades en sus modos de relacionarse con la realidad en estudio. Claudia Briones y Ana Ramos (2010:41-42) previenen de dos cuestiones que se deben evitar al poner en contexto los movimientos indígenas: primero, la que “lleva a dejar afuera de nuestro cuadro explicativo cómo esas acciones y organizaciones se insertan en un campo siempre mayor”; segundo, la que “nos hace sólo subrayar aciertos y logros sin alcanzar a darle textura analítica a las inevitables complejidades de todo proceso de disputa y organización social”. Ambas cuestiones radican en el problema de “leer los movimientos desde nuestras propias agendas, idealizando o minimizando el examen de los factores que intervienen en los procesos de construcción de agenda de nuestros interlocutores”. Otro problema que mencionan las autoras es considerar de antemano a las organizaciones indígenas y su evolución como demandas clasistas o etnicistas, campesinistas o culturalistas, sin ver qué factores inciden en la construcción, la superposición o incluso en las evaluaciones sobre los momentos apropiados para la activación o desactivación selectiva de ciertos reclamos (2010:43). Son varias las cuestiones que mencionan las autoras respecto a esto, por ejemplo, previenen acerca de limitarse a describir los procesos desde sus efectividades inmediatas o centrarse en las acciones según su visibilidad en el espacio público. En el primer caso, el estudio de períodos cortos puede interferir en la interpretación de

⁴ Para profundizar los estudios sobre la cuestión ontológica y la contradicción que esto genera se puede consultar a Descola (2002) y Harvey (2014).

procesos de mediana o larga duración; en el segundo caso, al trabajar sólo sobre las zonas de “visibilidad” de la protesta “quedamos presos de una idea de emergencia o re-emergencia” que enfatiza lo novedoso y las discontinuidades, en vez de habilitar un campo de visión que nos permita ponderar acciones mucho más lentas y menos visibles de revitalización de las bases y las relaciones, momentos de rearticulación de biografías personales y colectivas que acontecen no sólo durante, sino también antes y después de la escenificación de demandas en los espacios públicos” (2010:43). A esto agregan que el análisis de una única organización impide comprender cómo el campo de disputa se va conformando/ampliando por y contra el procesamiento hegemónico de las iniciativas de diversas organizaciones o cómo la trayectoria de las organizaciones puede constituirse en confrontación u acompañamiento de otras, proceso en el que se conforman espacios de vitalidad caracterizados por la heterogeneidad de las organizaciones (2010:44). Teniendo en cuenta algunas de estas prevenciones, interpretamos los procesos organizativos indígenas en el marco de campos más amplios de interacción en contexto y buscamos dar cuenta de los mismos a largo plazo, no como movimientos lineales y homogéneos ni como erráticos y esporádicos, sino como movimientos sociales en interacción dialéctica con el entorno, en particular con los grupos hegemónicos con quienes disputa el territorio.

Al planificar la metodología de trabajo y los registros necesarios para llevar adelante el estudio, en consideración con el enfoque de la perspectiva etnohistórica y las prevenciones específicas mencionadas, organizamos la metodología en torno al trabajo en terreno con la finalidad de otorgar protagonismo a los actores *in situ* y cumplir con el propósito de visibilizar la historia de los grupos subalternos.

El procedimiento de acercamiento al terreno fue planeado desde una perspectiva empática y comprometida con los sujetos entrevistados, a partir de “la construcción del objeto de investigación; la producción de conocimiento social, reconociendo la perspectiva de los actores; la incorporación de la reflexividad de los actores y del investigador en la situación de campo y el análisis de datos; el uso de técnicas flexibles y no directivas para la obtención de información” (Guber, 2005:209). La metodología se encuadra dentro del área de la etnohistoria, en la que se toman pautas de trabajo etnográficas, de historia oral y de documentación histórica. Las técnicas de recolección de información son entrevistas, observaciones, análisis de documentos, de artículos periodísticos y otros materiales de archivo. Un problema que se presentó fue la dispersión de las organizaciones, que dificulta la utilización de la Observación Participante; igualmente, fue necesario tener presente la perspectiva etnográfica, en la que nos proponemos hacer prevalecer la perspectiva *emic*. Las entrevistas resultantes del trabajo en terreno fueron cotejadas con distintas fuentes y documentos, para poner a prueba el análisis de los procesos estudiados, confrontarlos exhaustivamente e interpretarlos de manera crítica.

Para realizar esta experiencia se realizaron en total cinco trabajos de campo en la región, de los que dos fueron de diagnóstico-reconocimiento y tres fueron de indagación específica. El trabajo en terreno no supone un modo de “aproximación *a priori*”, siguiendo a Fradkin (2012:85), sino la exploración de distintas aproximaciones para evaluar posibilidades; en nuestro caso, los registros etnográficos (entrevistas y anotaciones de campo) fueron cruzados con documentación de distinta procedencia (informes técnicos, documentos oficiales, cartas, actas y acuerdos), que analizamos dialógicamente y confrontamos para intentar dar cuenta de los procesos de interacción socio-política de la región.

A continuación, explicamos uno de los principales métodos de registro utilizados en nuestro trabajo, *la entrevista*, para dar cuenta de la perspectiva utilizada y la forma de registro utilizada en terreno.

Metodología y entrevista:

La decisión de utilizar la entrevista como herramienta para llevar adelante nuestro estudio se debe a que nos interesa interpretar los procesos históricos “desde abajo”, desde los relatos de los actores afectados, de acuerdo con nuestro enfoque etnohistórico. Esta herramienta está pensada desde la metodología etnohistórica e incorpora pautas de trabajo etnográfico, de historia oral y de documentación histórica.

Al estudiar un período histórico “reciente”, podemos recurrir a los actores directos, *in situ*, de los acontecimientos, lo que provee información de primera mano para realizar el estudio. Esto no quiere decir que los relatos compartidos en las entrevistas constituyen la única fuente de nuestro trabajo, sino que conforman un corpus importante que será cotejado con otros materiales. Respecto a esto, existen numerosos estudios y debates acerca del ejercicio de la Historia Oral, sus clasificaciones y especificidades.

En principio, podríamos clasificar esta parte de nuestra investigación en relación con lo que Sebe Bom Meihy (1993) denomina una Historia Oral “híbrida”, en donde se combina lo oral con las fuentes escritas; o sea, que no es una Historia Oral “pura” que recupera únicamente el relato de las entrevistas. Además, según el mismo autor, el trabajo con la Historia Oral supone dos tiempos: el primero, de transformación de la palabra en documento escrito; el siguiente, de reflexión sobre el contenido. Al hacer el documento el historiador oral asume otro compromiso con la sociedad, deja de ser un agente pasivo que se vale de la documentación ya elaborada. Por otro lado, el juicio crítico al documento ya no le es algo abstracto y sí materia de su oficio. En este sentido, trabajar un testimonio como proceso de documentalización implica superar el presupuesto de la entrevista casual. La gran cantidad de cuidados metodológicos que se imponen exige que se cuente con una calificación profesional para tratar el tema. La Historia Oral es algo más que una conversación mediada por una grabadora. Deriva de un método complejo y va desde la organización de un proyecto hasta el compromiso de publicación del texto, para ser devuelto a la comunidad que lo generó. El autor clasifica también tres vertientes de la Historia Oral: *historia oral de vida*, *historia oral temática* y *tradición oral*. La primera, remite al registro de la experiencia personal; la segunda, por contra, está más vinculada al testimonio y al interés por algún tema específico y casi siempre compite con presupuestos documentados de antemano; la tercera, percibe al individuo como un vehículo de transmisión de mitos y tradiciones antiguas. Nuestro trabajo se circunscribe a la *historia oral temática*, específicamente vinculada a la cuestión territorial de los pueblos wichí chacosalteños, aunque las entrevistas no son cerradas y puede abarcar otros temas vinculados a lo que se intenta indagar.

Por su parte, Ronald Fraser (1993) propone que el término más adecuado para la Historia Oral sería *Fuentes Orales* y presenta dos metodologías diferentes para el trabajo con las mismas. La primera, plantea que la recuperación de los hechos como tal es menos importante que la *significación* de los hechos. Según el autor, para los Portelli, Passerini, Grele y Chanfrault-Duchet es fundamentalmente a través de la narración en sí que debe captarse esta significación. *Narraciones* y no testimonios de la vida, cita el autor a Portelli: “La importancia de las fuentes orales consiste no tanto en su observación de los hechos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permite que la imaginación, el simbolismo y el deseo emergen. Y éstos pueden ser tan importantes como narraciones factualmente ciertas” (1993:82). Estos autores desarrollan una

metodología *hermenéutica*, en la que la exactitud de los relatos de vida no es lo central, sino las posibilidades de comprensión que estos habilitan.

Por otro lado, Fraser propone que desde la metodología *etno-sociologista*, el trabajo con la historia oral tiene tres fases: en la primera, exploratoria, recogen una serie de relatos de vida en donde esperan encontrar algunas descripciones y temas constantes -las líneas de fuerza pertinente- del grupo a investigar; en una segunda fase, analítica, en donde hacen una reflexión sobre estas constantes, y siguen con nuevos relatos de vida hasta llegar a lo que Bertaux llama el primer punto de saturación (tercer fase), cuando se encuentran que las entrevistas repiten, entre otras cosas, los mismos temas. Así, propone el autor, “se tiene la seguridad de haber identificado un fenómeno -una norma, un rol, un proceso, el efecto de una relación estructural- que no sale ni de la imaginación (en el sentido de propensión a crear fantasmas) de los investigadores, ni de la del interlocutor mitómano: ahí está lo social que se expresa a través de voces individuales” (1993:83). Una vez identificado este fenómeno hay que intentar sistemáticamente destruirlo como modelo mediante más relatos de vida que parten de otro punto de referencia para entrar en el mismo grupo. Los casos negativos, los que contradicen el modelo provisionalmente saturado, contribuyen a la vez a la verificación del modelo y a su afinamiento o reconstrucción; el proceso acaba sólo cuando se ha llegado a una verdadera saturación.

Las diferencias entre las dos metodologías -*hermenéutica* y *etnosociologista*- parecen irreconciliables, entre otras razones porque, como dice Wiame, la exactitud de los relatos de vida no es lo que principalmente importa a los primeros, mientras que para los segundos es de una gran importancia (exactitud confirmada por una larga serie de relatos del mismo sector social); sin embargo, el hecho es que tanto unos como otros son capaces de utilizar aportaciones del campo opuesto. Por ejemplo, los *hermeneuticos* no ignoran en total los datos aportados, ni los *etno-sociologistas* las formas de la narración. A un nivel práctico, hay algo que une a todos los que utilizan fuentes orales, y eso es el saber que estas fuentes no bastan por sí mismas. Todos están de acuerdo que hay una labor anterior imprescindible, que es la de cualquier historiador o investigador: la consulta obligatoria de todas las otras fuentes primarias y secundarias que pueden tener relación con su campo de investigación.

El instrumento principal para llevar adelante u obtener fuentes orales es la entrevista. Este instrumento requiere de cierta preparación y cuidados al momento de ser utilizada para la investigación. David Mariezkurrena Iturmendi (2008) plantea que para llevar a cabo una buena entrevista son necesarios varios requisitos: una adecuada elección de los informantes, un profundo conocimiento previo de la temática a investigar, la definición clara de problemáticas e hipótesis de investigación, la amplitud necesaria para abordar aspectos no contemplados en las instancias previas a la entrevista, que pueden abrir nuevas vertientes, y el registro no sólo de lo dicho sino también de lo omitido. Las entrevistas pueden ser estructuradas o semi-estructuradas en torno a un cuestionario fijo o flexible, individual o colectivo. El modelo que se elija dependerá de la decisión del entrevistador, de los temas elegidos, de la disponibilidad en la cantidad de informantes o del número de encuentros que se crea necesario llevar a cabo. El objetivo de una entrevista de historia oral no es obtener «datos», sino entender una vivencia, ya que todo lo que aporta es significativo. Aunque nuestro informante incurra en fallos de memoria, exageraciones o ficciones, todo ello confiere significado a la historia de su vida. Lo importante es saber interpretar la experiencia de una persona, ya que su testimonio nos aporta el privilegio de conocer y comprender las vivencias íntimas de esa persona. Es obligatorio documentarse sobre los temas que van a ser abordados con el entrevistado, elaborando un guión con una lista de ideas a tratar

durante el encuentro. No es aconsejable plantear un cuestionario cerrado, ya que las ideas que fluyen a lo largo de la entrevista siempre plantean nuevas preguntas, e igualmente el orden e importancia de los temas seguramente los marcará la propia persona que tenemos enfrente.

En nuestro estudio, utilizamos preferentemente la entrevista semi-estructurada, que preparamos a partir de las investigaciones previas, sobre todo teniendo en cuenta los trabajos de diagnóstico y reconocimiento. La elección de informantes se realizó de acuerdo al primer grupo conocido en el diagnóstico y se amplió a nuevos agentes conforme fueron cambiando los acontecimientos, en relación al acercamiento en terreno, que fue progresivo y generó mayor confianza entre los entrevistados, y sustentado en la recolección de datos que aportaban información sobre nuevos sujetos involucrados en los procesos estudiados. Las entrevistas se produjeron en base a los estudios previos sobre el estado de la cuestión, el estado de situación y las primeras fuentes escritas analizadas. La forma en que se desarrollaron las preguntas de la entrevista planteaban la posibilidad de realizar re-preguntas y de ampliar el tema y subtemas. Las entrevistas fueron grabadas con consentimiento expreso de los entrevistados en audio y video. Las grabaciones fueron acompañadas de anotaciones que complementan las mismas con información sobre las sensaciones, gestos, aclaraciones, interrupciones, entre otras visitudes o aspectos importantes que completan el panorama etnográfico del trabajo. En el momento inmediatamente posterior, se desgrabaron o escuchaban las entrevistas y se confeccionaban nuevos modelos para los mismos entrevistados o para nuevos actores que se consideraba importante incorporar al trabajo. En períodos más prolongados de tiempo, se desgrabaron las entrevistas y se realizó el análisis de los contenidos de forma dialógica con documentos recolectados *in situ* u obtenidos durante otros momentos de la investigación. También se fueron seleccionando categorías teóricas pertinentes a lo largo del transcurso de toda la investigación, para lograr dar sentidos a los materiales recolectados.

Conclusión:

El recorrido realizado por las definiciones del campo de conocimiento de la Etnohistoria nos permitió otorgar identidad a nuestro estudio y en el marco de una disciplina histórica con centro de atención en las relaciones interétnicas. Consideramos muy importante reflexionar sobre las interacciones transformadoras que se generan en los procesos de resistencia y lucha, como aspectos dialécticos de la misma, a partir de los que pueden surgir nuevos grupos y nuevas relaciones socioculturales. Por lo tanto, lo “étnico” no es equivalente a lo “cultural”, sino a la identidad subalterno. Teniendo en cuenta algunas de las prevenciones provistas por la antropología, interpretamos los procesos organizativos indígenas en el marco de campos más amplios de interacción en contexto y buscamos dar cuenta de los mismos a largo plazo, no como movimientos lineales, homogéneos o monolíticos ni como conflictos erráticos y esporádicos, sino como movimientos sociales en interacción retroalimentadora con el entorno, en particular con los grupos hegemónicos con quienes disputa el territorio. Para dar cuenta de estos procesos consideramos necesario explorar los discursos subalternos, que desarticulan a la historia oficial y desnaturalizan los modelos hegemónicos.

El encuadre disciplinar conduce a la definición de la metodología acorde a la misma, por lo que entendemos que para desarrollar una historia “desde abajo” debemos tener en cuenta pautas de trabajo etnográficas, de historia oral y de documentación histórica. Las técnicas de recolección de información son entrevistas, observaciones, análisis de documentos, de artículos periodísticos y otros materiales de archivo. En particular, cuando se trata de la historia reciente, valoramos como fundamental el

trabajo en terreno, que no supone un modo de “aproximación *a priori*”, sino la exploración de distintas aproximaciones para evaluar posibilidades. Al terreno nos acercamos con un plan que debe ser flexible para poder comprender las distintas aristas de la realidad en estudio y cada vez que volvemos al terreno ese plan debe ser revisado, adaptado, reeditado.

Por otro lado, a un nivel práctico, hay algo que une a todos los que utilizan fuentes orales, y eso es el saber que estas fuentes no bastan por sí mismas. Todos están de acuerdo que hay una labor anterior imprescindible, que es la de cualquier historiador o investigador: la consulta obligatoria de todas las otras fuentes primarias y secundarias que pueden tener relación con su campo de investigación.

Bibliografía:

Bechis, Martha 2010 *Piezas de etnohistoria y de antropología histórica* (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología).

Boccara, Guillaume 2012 “¿Qué es lo ‘etno’ en la etnohistoria? La vocación crítica de los estudios etnohistóricos y los nuevos objetos de lucha”. *Memoria Americana*. Buenos Aires. Volumen 1, Número 20.

Boffa, Natalia 2017 “Configuraciones históricas en la lucha por el territorio en el Pilcomayo salteño, Argentina”. *Trama, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. Costa Rica. Volumen 6, Número 1.

Briones, Claudia y Ramos, Ana 2010 “Replanteos teóricos sobre las acciones indígenas de reivindicación y protesta: aprendizajes desde las prácticas de reclamo y organización mapuche-tehuelche en Chubut” en Gordillo, Gastón y Hirsch, Silvia *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina* (Buenos Aires: La Crujía).

Descola, Phillippe 2002 “La antropología y la cuestión de la naturaleza” en Palacio, Germán y Ulloa (Eds.) *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental* (Universidad Nacional de Colombia-sede Leticia/Instituto Amazónico de Investigaciones Amani/Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Colciencias).

Fradkin, Raúl 2012 “La Historia, la Antropología y las posibilidades de una historia política popular”. *Memoria Americana*. Buenos Aires. Volumen 1, Número 20.

Fraser, Ronald 1993 “La historia oral como historia desde abajo”. *Ayer*. Valladolid. Número 12.

Guber, Roxana 2005 *El salvaje metropolitano* (Buenos Aires: Paidós).

Harvey, David 2014 *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo* (Quito: IAEN).

Mariezkurrena Iturmendi, David 2008 “La historia oral como método de investigación histórica”. *Gerónimo de Uztariz*. Madrid. Número 23-24.

Santos, Milton 1997 *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (Barcelona: Ariel).

Sebe Bom Meihy, José Carlos 1993 “Definiendo la historia oral”. *Historias*. México. Número 30.